

mil Goic, Germán Sepúlveda, Ricardo Benavides, Sergio Latorre, Pedro Lastra, el que ha escrito estas líneas —sólo por nombrar algunos—).

Por último, hago presente que estas desmañadas notas no tienen otro propósito que dejar constancia de los problemas para que el público lector que nos ha acompañado nos ayude a resolverlos y que los escritores se vayan con la conciencia de que han tocado puntos vitales en este valioso Segundo Encuentro Nacional de Escritores.

JOSÉ MIGUEL VICUÑA

ANTECEDENTES DEL MOVIMIENTO INTELECTUAL DE CHILE
DESDE LA GUERRA DEL PACIFICO HASTA 1920

(Notas para un ensayo).

Señoras y señores:

ANTE TODO, quiero agradecer a la Universidad de Concepción, a su Rector, mi distinguido amigo don David Stitchkin y, especialmente, al Director de las Escuelas de Invierno de Chillán, el gran poeta y cultísimo profesor, el amigo recto y cordial, Gonzalo Rojas Pizarro, la extraordinaria experiencia de este Segundo Encuentro de Escritores, que, con el anterior y los que han de seguirle, han de constituir una de las poderosas e insustituibles palancas promotoras del interés, del desarrollo y del afinamiento cultural de todos los públicos de Chile y su incorporación al área viva de la poesía, del pensamiento y del arte, porque además de estrechar los lazos entre los escritores y permitir el debate limpio y esclarecedor, de ideas que pueden ser de importancia trascendental en un momento dado del proceso nacional o mundial, estos Encuentros proyectan en el público y aún en los ausentes, las corrientes universales del sentir, del pensar y del hablar, de ese mundo superior, que es el espíritu, que mueve a los hombres, a las máquinas y a los montes.

Y quiero confesar la emoción con que he visto la asistencia impresionante y fervorosa del público de Chillán a estas jornadas.

Finalmente, y antes de iniciar mi exposición, diré en dos palabras que ella es una ordenación apresurada de las notas para un ensayo que me propuse escribir hace un año y que sólo en pañales y en aspectos fragmentarios he ido abordando, desordenada y esporádicamente, entre otros escritos y trabajos y faenas de diversa índole. Espero que estas breves notas que daré a conocer sirvan de estímulo para quienes estén en mejores

condiciones para abordar con mayor conocimiento tema tan apasionante como ambicioso, pero estoy convencido que, deba o no excusarme por haber intervenido en él sin títulos ni instrumentos suficientes, hay en verdad un deber de conciencia en cada hombre y es el de decir su testimonio de la verdad. Buscamos, unos aquí, otros más hondo, la verdad de nosotros y de nuestro hacer. Hablamos a veces creyendo poseerla, y pronto nos hallamos equivocados y torpes. Ved si algo de estas líneas pueden servirnos y salvarse.

INTRODUCCIÓN.—*Formación del espíritu nacional*

Tres siglos de guerras incesantes y crueles y de feroces explotaciones mineras y agrícolas, determinaron características, por mucho tiempo indelebiles, perfectamente definidas, del espíritu popular chileno. Algunas de ellas es preciso destacarlas ahora: las virtudes militares. Más que los ejercicios de los soldados romanos que describe Salustio, esas guerras sin término de Chile fortalecían el temple militar y explican que durante muchos y muchos años —y hasta hace poco quizás— los valores ideales del pueblo estuvieran presididos por la valentía, la osadía o la calidad de "guapo", y fueran estimadas como nobles prendas la tenacidad y la astucia, la destreza y la fuerza, y también, puesto que son asimismo virtudes militares desde los tiempos de los espartanos, el robo y la mentira. Acaso hoy día estas últimas virtudes sean de las pocas que perduran con vigor.

La variación de importantes factores sociales, culturales, económicos y aun raciales en menor medida, han ido modificando profundamente el alma nacional en los últimos ochenta años.

La indomable lucha del conquistador español tenaz, sagaz, feroz, implacable, y del defensor de la tierra, ladino, indómito, constante, numeroso y fuerte, guerra sin fin, que estremece los valles y montes de Chile, desde La Serena hasta Villarrica; guerra que, consolidada muy tarde la Conquista con el refuerzo de muchos tercios venidos de España, todavía perdura en la semiquietud colonial, en amenazas, incursiones, asaltos y sobresaltos, emboscadas y (machitones —¡no!). Guerra que se renueva luego en otros frentes: las campañas de la Independencia, las luchas contra Osorio, contra los Pincheira y demás cabecillas y bandoleros; la guerra contra la Confederación Perú-boliviana; la guerra de España del 66, en medio de las nuevas campañas —llamadas de Pacificación— de la Araucanía (de 1860 a 1883) ... O sea, hasta el término de la Guerra del Pacífico, Chile no ha

hecho prácticamente otra cosa pública que guerra, y como subproducto, algunas revoluciones militares sangrientas.

Y, sin embargo, ha sido el único pueblo de América que hasta esa época ha logrado organizarse civilmente en un régimen de derecho estricto, ha ordenado su Hacienda Pública, ha codificado sus leyes, ha desarrollado la industria, el comercio, las artesanías, ha organizado la Administración Pública, ha construido caminos, ferrocarriles, puertos, ha descubierto riquísimos yacimientos mineros y nada menos que una de las mayores riquezas del mundo: el salitre.

Esta somera, externa y contradictoria visión de Chile, empero, debe ser revisada, aunque sea sólo al vuelo, para los efectos de este estudio:

Más que país, la Gobernación o Reino de Chile era, como se ha visto, un campamento militar, y era además un inmenso y multiforme campamento minero en que se trabajaba en soledades abruptas, con grandes fatigas y penalidades, en la época de la Conquista y de la Colonia.

Lejos, a distancias inconcebibles, estaban las Cortes Virreynales de México, de Nueva Granada, de Lima, sitios amables, donde la cortesía y el refinamiento, los estudios teológicos y universitarios, las bibliotecas, las imprentas, el artesanado, predeterminaban, en un ambiente de relativa paz, formas de vida más sutil y compleja, y permitían destinar al enriquecimiento intelectual las mejores energías, que en Chile, por el contrario, estaban forzadas a dedicarse a las más duras actividades.

Chile, aislado en la Colonia de los centros del saber y de la cultura, aparece en medio de la modorra intelectual. Sólo algunos escasos espíritus se ahondan en claustros y conventos: el sacerdocio está demasiado ocupado en la conquista de las almas, de las almas rudas y desconfiadas del auca bravío.

Mientras en México, en Panamá, en Quito, en Cuenca, en el Cuzco, en Lima, en Potosí, en Ouro Preto, en decenas y decenas de pueblos y ciudades florece el barroco americano, la maravilla del arte colonial, y se desarrollan las impresionantes escuelas platerescas y de tallado, de ebanistería, de pintura que aún nos asombran, el quiteño, el cuzqueño y las geniales esculturas del Aleixadiño, y se levantan como nuevas flores de un mundo de dolor los templos de piedra tallada por artífices mágicos, con altares dorados a fuego o revestidos de plata labrada, con artesanados y pinturas que expresan el terror, la fe, el dolor, la pasión, con ángeles de maderas pintadas, de una ternura digna del cielo; templos extraños, prodigiosos, que se encuentran en tantos y tantos villorrios y pueblos perdidos en las

serranías de América: Tiahuanaco, Belén, Copacabana, Puno, como en las grandes ciudades de Potosí, el Cuzco, Lima, México, Panamá.

Mientras todo ese mundo rico, sutil, virtuosista, complicado, diferenciado, existe, y con él, las universidades, las imprentas, las bibliotecas, los conventos de Nueva Granada, de México y de Lima; mientras toda esta convivencia culta, refinada, adquiere vida propia y perdurable en las zonas más ricas de América —zonas pacificadas o semipacificadas—, en Chile, en cambio, ni arquitectura, ni ebanistería, ni platería, ni pintura, ni manifestación alguna del arte o del espíritu —salvo excepciones aisladas— pasan de lo torpe, lo menor, lo basto, lo utilitario.

En Chile entonces la actividad es ardua, minuciosa, apasionada: representa la urgencia del hoy. La actividad consume los talentos y las habilidades, y no da lugar al desarrollo del espíritu, esto es, a meditar en el ayer y en el mañana. En ese momento no hay tiempo en Chile para meditaciones abstractas, ni tranquilidad, y no habrá tiempo ni tranquilidad todavía durante varios siglos. No hay tampoco ni tradición ni ambiente para actividades artísticas: No hay tradición como la hubo en México o en Perú, donde el Maya, el Azteca, el Aimará, el Inca, artífices consumados, impregnaron con su mano de obra exquisita toda la gama del arte colonial, escultores, talladores, tejedores, ceramistas, orfebres, perduran en los frentes, artesonados, columnas, altares, balcones y portales. El araucano, en cambio, campesino indómito y conquistador, conoce el cultivo rudimentario del maíz y practica una tosca cerámica de utensilios indispensables. No construye palacios, ni templos, ni fuertes, ni caminos ni pirámides, y mucho menos sabe de esculpir o de pintar; sino que levanta débiles rucas de troncos y junquillos, vive semidesnudo y se abre paso por senderos ocultos entre los bosques. A través de sus costumbres y de su sangre, la Colonia chilena no recibe un aporte cultural en el orden artístico o intelectual.

No hay tampoco ambiente para los cultivos delicados del arte, de la teología, de la ciencia, de la arquitectura: la guerra incesante tiene sus urgencias todos los días, y también tiene su urgencia la codicia de los comenderos y buscadores de oro.

La visión nueva y entusiasta que significó la Independencia, alentó al chileno a proyectarse en otras direcciones; lo hizo pensar en cómo resolver por sí mismo sus nuevos y numerosos problemas; en cómo construir el país y preocuparse de su porvenir y de su cultura.

Después de la Independencia, los estudios se ahondan y se revolucionan con Mora y Bello, y es así como vemos aflorar, en el Movimiento literario

e intelectual de 1842, hombres de cultura greco-latina, como don Francisco Bello, hijo de don Andrés y autor de una Gramática Latina y de una Prosodia y Métrica Latinas.

Veremos hasta muy avanzado el siglo XIX, que las actitudes intelectuales —en los chilenos nacidos en Chile— serán, sin embargo, directas, duras, carentes de ductilidades y exquisiteces, propias de otros pueblos como el brasileño o el peruano. Ni siquiera Jotabeche, con su sabor y su gracia, ni don Victorino Lastarria, a pesar de su elegancia; ni tampoco don Benjamín Vicuña Mackenna, de genial fantasía histórica, ni don Vicente Pérez Rosales, diplomático y gran señor en todos los ámbitos, se sustraen a esta regla.

Durante el siglo XIX, Chile, de un modo semejante a como lo hicieran más tarde los Estados Unidos de Norteamérica, se alimenta intelectualmente importando talentos: Mora, Bello, Irisarri y Sarmiento, primero (y junto con ellos, otros espíritus cultivados como el colombiano García del Río, los argentinos Juan M. Gutiérrez y Alberdi, etc.), y luego los sabios Pissis y Gay, y el polaco Domeyko, y más tarde Courcelle Seneuil y Fernando Montessus, y Wilhelm Mann, y el doctor Lenz, y el Dr. Hansen, y el Dr. Johow, y don Federico Philippi, y don Enrique Nercaseau, y Rubén Darío, todos ellos ricos de espíritu, sabios, doctos, sagaces, originales algunos y profundos, todos portadores de nuevos y nuevos elementos enriquecedores de nuestra pujante pero flaca sociedad intelectual, todos abridores de surcos y de cauces por donde fuera la savia fecundante del intelecto, de la investigación científica, geográfica, lingüística, gramatical, o fuente de aventuras doctrinas o medidas económicas, o fuente, fuente creadora, enriquecedora, comunicante, estimulante, de poesía.

El proceso de gran desarrollo intelectual de tipo adolescente del país, está dando frutos puramente intelectuales ya en 1842, pero prematuros; y no permite que los talentos vuelvan a distraerse mucho en tareas "inútiles" hasta después de la Guerra del 79. La gestación intelectual, por una parte, es un fenómeno social profundo de lenta conformación y desarrollo, y por otra parte, las cabezas más lúcidas que surgen antes, tienen urgentes solicitudes desde campos de actividad enérgica, creadora, organizadora, constructora, guerrera, precursora.

Hasta el momento de la Guerra del Pacífico, Chile demuestra su habilidad en la industria y en la política a través de voluntades férreas, formidables, tenaces, como Portales, Rengifo, Cousiño, Urmeneta, Manuel Montt, Antonio Varas; pero no ha exhibido ninguna creación inteltec-

tual digna de perdurar (me refiero a Chile independiente) y de tener permanencia en América —y mucho menos en el mundo— como ocurre, en cambio, en el ámbito americano y europeo, con los estudios gramaticales de Bello o con el Facundo de Sarmiento, por ejemplo, y más tarde en Chile mismo con don Luis Lagarrigue y con los poetas Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Vicente Huidobro.

El análisis de los hechos sociales anteriores a la Guerra del Pacífico permite formarse un juicio que servirá de clave para la interpretación del fenómeno:

Hemos hablado ya de las virtudes militares de este pueblo guerrero; nos queda por decir que este pueblo está dirigido, desde Lircay, por una aristocracia de origen militar, que lenta y paulatinamente se inclina más y más a las actividades lucrativas de la minería y del comercio, y, a medida de su enriquecimiento, se aficiona al juego, al lujo, al despilfarro (como lo señalan Encina y Francisco Valdés Vergara, en *Nuestra Inferioridad Económica* y en *Problemas Económicos de Chile*, respectivamente, y lo corrobora Julio César Jobet, refiriéndose a la aristocracia chilena de mediados del siglo pasado); así, la aristocracia se aísla del pueblo, cada vez más menospreciado, abandonado y miserable.

Esta falta del sentido de la comunidad social, determina las actitudes inmorales definitivas que precipitan al país en la gran crisis que vive hasta hoy desde hace 80 años: La primera de estas actitudes inmorales resulta del aprovechamiento ilegítimo que los sectores dirigentes harán de una medida transitoria, de emergencia, necesaria para conjurar la gran crisis económica de 1878; esta medida, el papel moneda, de curso forzoso, se transforma en un medio de enriquecimiento ilegítimo de quienes lo controlan indirectamente o están en situación privilegiada de deudores. Terminada la crisis, el sistema se implanta para siempre, en beneficio de los agricultores, como lo denuncia el Dr. Julio Valdés Canje en sus cartas famosas.

La segunda de estas actitudes inmorales es la conquista a mano armada de las tierras salitrosas de Bolivia y de Perú, para proteger los intereses de los industriales y mineros chilenos allí establecidos, que no otra cosa es la Guerra del Pacífico, donde tanta sangre, tanta energía, tanta vida joven fueron sacrificadas por una riqueza fabulosa más precedera y que iba a ser dilapidada por verdaderos crosos tropicales.

La tercera de estas actitudes inmorales fue la entrega cobarde de una riqueza que era nuestra, las tierras aparentemente pobres, pero extensas y hoy riquísimas de la Patagonia chilena, ante la primera amenaza de los

argentinos: Mientras con una mano robaba las tierras ajenas, con la otra entregaba vergonzosamente las propias.

La cuarta de estas actitudes inmorales es la guerra civil que se organiza contra las medidas sociales y económicas de Balmaceda.

La quinta de estas actitudes inmorales, antihumanas, contrarias a la comunidad social, de la aristocracia periclitante, es la serie interminable de matanzas de obreros que reclaman justicia, educación, tratamiento humano, en las salitreras, en Puerto Natales, en tantos y tantos lugares de recuerdo trágico: Escuela Santa María, La Coruña, San Gregorio, Ranquil, y las matanzas de indios, capítulo aparte y feroz, que levantaron las prédicas del Dr. Julio Valdés Canje (Alejandro Venegas, ya citado) y de Luis Emilio Recabarren, y levantaron las voces juveniles de Pedro Godoy y de Carlos Vicuña Fuentes y que trajeron como consecuencia un lento pero potente movimiento organizado de los obreros en uniones, sindicatos y partidos.

La sexta de estas actitudes inhumanas de la aristocracia (en realidad es anterior) fue la repartición de los latifundios de la Araucanía después de la "Pacificación" y el consiguiente aniquilamiento físico del indio por cacerías de encargo a tanto per cápita, o a través del embrutecimiento alcohólico.

La séptima de estas actitudes atroces, indignas de pueblos que quieren seguir llamándose civilizados, fue la cacería de indios de la Patagonia magallánica, hacia 1918.

Un pueblo que, después de haber construido su unidad y su historia con un sentido de comunidad y de heroísmo, y que exhibía como virtudes al menos, las legítimas y propias de su condición militar, exaltadas en un sentido noble y superior: energía, valor, entereza, audacia, sobriedad, astucia, fortaleza; por la desvinculación y corrupción de sus grupos dirigentes (familias, clanes, castas), se encuentra lanzado en aventuras internacionales y políticas que van produciendo un vuelco en su economía, y, sobre todo, en las mentes, en los sentimientos e ideales populares y en las costumbres, un vuelco que repercute hondamente en la fe popular, en la miseria nacional y, aún más fina y perdurablemente, en la organización social.

FLORECIMIENTO EN EL FANGO

Es EN ESTE período de corrupción, sin embargo, o quizás si por ello mismo, en el que los espíritus, ya cultivados y al día de lo que ocurre en

Europa, ajenos a problemas nacionales, que el salitre resuelve, solos, e inquietos ante las nuevas contradicciones, las nuevas tragedias internas, y el estallido de los sucesos mundiales cada vez más conmovedores, es en este período, digo, de 1884 a 1920, en el que florecen los más ricos y variados espíritus del país.

Como en una Edad de Oro surgen de pronto generaciones de seres pensantes, de pensamiento original y profundo, como Alberto Edwards, Francisco Encina, los hermanos Jorge y Luis Lagarrigue —de los cuales éste y el primero alcanzaron renombre en París, en Liverpool, en Río de Janeiro y siguen siendo estudiados hasta hoy día—, aparecen hombres de don apostólico y profético, como don Paulino Alfonso y don Juan Enrique Lagarrigue, hermano de los anteriores, uno y otro pacifistas que abogan con valentía, durante la guerra misma, por la concordia y luego por la devolución de las provincias cautivas; y Valdés Canje y Recabarren poco después; aparecen los poetas del 900 y los grandes maestros de la poesía chilena, Gabriela, Huidobro y Neruda; florecen los pintores, primero con don Juan Francisco González y luego con la generación del año 13; en política, un hombre originalísimo y gran demagogo, Arturo Alessandri, envuelve voluntades y espíritus y magnetiza al pueblo. Los jóvenes liberales de principios de siglo están cogidos en la hoguera de este nuevo espíritu, de este Renacimiento chileno, y fundan el club conocido con el mote ingenioso de Kindergarten terrorista de la calle Bandera. Se crea el año 1906 la Federación de Estudiantes que va a animar este movimiento en sus momentos finales, últimos de romanticismo, como un canto de cisne.

Todo este movimiento pluriforme, digno de ser estudiado y reseñado con lujo de detalles, por su riqueza, vigor, originalidad y multiplicidad de nombres extraordinarios que ahora no he podido siquiera mencionar, toda esta edad de oro, brota como una flor inmensa, del fango de la corrupción y del encanallamiento de la vida social aristocrática y de la vida política chilena, que entonces conserva sus formas, y que después de 1924 se entregará hasta hoy al desenfado y al desenfreno tolerado por todos.